

GENERACIONES Y MENTALIDADES: ¿EXISTE UNA CONCIENCIA GENERACIONAL ENTRE LOS JOVENES CUBANOS?

María Isabel Domínguez.

Publicado en: Cuba. Construyendo futuro. M. Monereo; M. Riera y J. Valdés (Comp.). El Viejo Topo, España, 2000.

I. EL TEMA GENERACIONAL Y SU TRATAMIENTO

El tema de las generaciones a pesar de ser tan antiguo como la humanidad misma ha sido siempre muy controvertido. En el centro de las contradicciones se sitúan dos problemas:

- ¿Son las generaciones grupos conformados objetivamente o necesitan para serlo tener conciencia como tales?
- ¿Son sus interrelaciones esencialmente conflictuales por lo que el signo distintivo de la sucesión generacional es la ruptura casi permanente o, por el contrario, a pesar de aparentes desacuerdos, predomina el consenso y la imitación, que da lugar a la continuidad en la sucesión con cambios evolutivos solo a largo plazo?

Desde que el tema comenzó a ser objeto de estudio sistemático por las Ciencias Sociales¹, las respuestas a estas interrogantes han variado en las distintas escuelas de pensamiento y, más allá de precisiones y matices, pueden alinearse en tres direcciones básicas:

1. La visión que puso el énfasis en la comunidad de edades del grupo **per se**, por lo que considera a las generaciones como grupos objetivos cuya similitud está dada por

atravesar de forma común una etapa de la vida. Bajo ese presupuesto se absolutiza la continuidad en la sucesión y se niega la ruptura, pues a pesar de aparentes diferencias entre jóvenes y adultos, cuando los primeros se convierten en los segundos asumen los rasgos de éstos².

2. La visión que basó la existencia de las generaciones en la comunidad de elementos espirituales, por lo tanto, considera que la generación solo se conforma subjetivamente cuando adquiere el "espíritu de la época", de ahí que no toda la cohorte demográfica pertenece a la generación. Si lo que conforma la generación es la fisonomía espiritual que forma cada época, esta visión fundamenta el predominio de la ruptura en la sucesión y da muy poco espacio para la continuidad³.

3. La visión que concibió las generaciones como el resultado de la actividad práctica común de un grupo de edades próximas, de la cual se deriva la comunidad espiritual que da lugar a la conformación de una fisonomía generacional propia. Si el tipo de actividad vital en un contexto histórico concreto es lo determinante, quiere decir que la sucesión se produce a través de continuidades y rupturas simultáneas aun cuando en cada momento pueden predominar unas sobre otras. El grupo, por tanto, tiene existencia objetiva aun cuando no haya adquirido conciencia como tal, pero en la medida que los procesos de rupturas sean más intensos (y por ello la diferenciación con otras generaciones sea mayor), es muy probable la aparición de una conciencia generacional que complete las distintas aristas de su existencia⁴.

Estas visiones han marcado las interpretaciones de los procesos generacionales a nivel internacional a lo largo de todo el siglo, a pesar de que han habido altas y bajas en su tratamiento⁵.

Aunque generalmente se habla del proceso de sucesión generacional, en realidad ésta se produce a partir de un período de coexistencia durante el cual distintas generaciones se superponen en la vida social activa. En la medida que la esperanza de vida de la

población se ha ido elevando, es más amplio el número de generaciones que conviven simultáneamente (contemporáneos), lo que implica una interacción directa que favorece la continuidad. Pero, en la medida que el mundo se transforma más aceleradamente como resultado del progreso científico-técnico y de nuevas dinámicas económicas, sociales, políticas y ecológicas, es más diversa la fisonomía generacional de esos contemporáneos y con más rapidez se hace obsoleto el equipo de conocimientos, habilidades, conductas y hasta valores de las generaciones anteriores, lo que favorece las rupturas. Esto hace más compleja la dinámica generacional en estos tiempos.

En Cuba, el tema generacional ha sido poco abordado como objeto de estudio en sí mismo, aun cuando ha estado siempre presente en el discurso político desde José Martí hasta la actualidad, así como en el trasfondo de análisis históricos, culturales, sociológicos y pedagógicos desde Félix Varela y José Antonio Saco, pasando por Ramiro Guerra, Enrique José Varona o Fernando Ortiz, y muy especialmente en la obra política y literaria de la Generación del 30: Rubén Martínez Villena, Pablo de la Torriente Brau, Raúl Roa, entre otros.

Sin embargo, en la etapa pre-revolucionaria estudios específicos sobre el tema fueron muy escasos, solo es posible encontrarlos de forma sistemática en José Antonio Portuondo, quien entre 1941 y 1950 escribió varios ensayos teóricos e históricos y usó el método generacional para realizar una periodización de la historia de la literatura cubana, trabajos que fueron compilados y publicados bajo el título "La Historia y las Generaciones"⁶.

También, en 1954 apareció publicado "La teoría de las generaciones y su aplicación al estudio histórico de la literatura cubana" de Raimundo Lazo⁷. Pero, según explica Portuondo, debido al carácter de discurso académico de este trabajo, su autor no desarrolló su esquema generacional.

En la década del 60 se retoman estos asuntos y se producen interesantes reflexiones que aparecen recogidas en publicaciones culturales como La Gaceta de Cuba y El Caimán Barbudo. Ya aquí el joven sociólogo Ricardo J. Machado alertaba contra el negativo efecto de hacer "generosas donaciones" de conceptos como éste, por considerarlos "ciencia burguesa"⁸. Pero, en realidad, el más prolongado silencio alrededor de las generaciones se produjo después.

No es hasta el año 1986 que se reconsidera la importancia de los estudios generacionales y se inician análisis tanto de naturaleza teórico-conceptual como investigaciones sociológicas concretas sobre la estructura generacional de la población cubana, sus rasgos comunes y diferencias, el clima de sus interrelaciones y los nexos entre estructura generacional y clasista⁹.

También para esa fecha reaparece la dimensión generacional como objeto de interés de literatos y artistas en prácticamente todas sus expresiones. Se aborda el tema en filmes, canciones, piezas teatrales y obras plásticas; se escribe sobre el tema; se utiliza como criterio de clasificación de grupos de creadores y cobra fuerza como elemento interpretativo de expresiones artísticas y hasta de conductas prácticas¹⁰.

Todos esos esfuerzos permitieron avanzar sustancialmente en el conocimiento de la problemática generacional en el país e insertarla en el contexto en que ésta se mueve a nivel internacional aunque aun es un tema en el que quedan numerosas aristas por abordar.

II. LAS GENERACIONES EN CUBA EN LAS ÚLTIMAS DECADAS

Resultaría de gran interés detenernos en una mirada retrospectiva de la historia nacional a partir del nexo entre generaciones y mentalidades, que sirviera de pauta para confirmar con más elementos de juicio en qué medida los acontecimientos relevantes de ese decursar coincidieron con la entrada a la vida social de una nueva generación que, en estrecha relación con las anteriores a partir de una fructífera coexistencia,

impulsaron nuevos modos de pensar y actuar (José Martí-Máximo Gómez; Julio Antonio Mella-Carlos Baliño; la Generación del 30; etc.). Pero nos interesa un enfoque más contemporáneo, por lo que nos remontaremos en la historia solo a la generación de los 50¹¹.

El acontecimiento revolucionario de enero de 1959 que condujo al triunfo un movimiento popular por la independencia nacional y la justicia social, había tenido como principal protagonista a la juventud, la generación joven de los años 50. Su alta proporción en las organizaciones revolucionarias y en su dirección, imprimió cambios significativos en las prácticas políticas, la convocatoria a la participación popular, la concepción sobre la toma del poder y la creatividad, energía y optimismo que caracterizó la etapa.

La lucha de esos años creó condiciones favorables para la conformación de una incipiente identidad generacional que eliminó barreras entre jóvenes del campo y la ciudad y entre representantes de distintas clases sociales para conformar lo que se conocería como Generación del Centenario de Martí. Pero, a pesar de la magnitud de los jóvenes involucrados y de la repercusión popular de sus acciones, no logró conformarse una única identidad generacional pues la elevada estratificación clasista impuso sus límites a la formación de una conciencia colectiva.

La culminación exitosa de esos esfuerzos colocó a los jóvenes a la cabeza de las transformaciones económicas, sociales y políticas y creó un nuevo marco para el desarrollo de la generación de los 60, signado por dos procesos: elevada movilidad social de carácter ascendente y activa participación en todas las esferas de la vida social (educacional, laboral, política, de defensa del país)¹². Fue una etapa en que se produjo un equilibrio entre los procesos de socialización y los de participación, en que ambos se interpenetraron y complementaron mutuamente.

Los jóvenes de los años 60 conformaron entonces una generación de transición, iniciaron un rápido proceso de urbanización, de acceso masivo a la instrucción y la

calificación incluso de nivel superior, al empleo urbano y calificado y a la participación sociopolítica. Constituyeron también un grupo de transición en cuanto a valores y normas de conducta en esferas vinculadas a la familia, las relaciones de pareja, los roles entre los sexos, las relaciones interraciales y muchas otras áreas de la vida cotidiana que se volvían cada vez más abiertas y participativas. Muchos de estos procesos se consolidaron con posterioridad en las generaciones siguientes, pero iniciaron las tendencias de cambio en este primer momento de rupturas generacionales en relación con sus mayores.

Por primera vez se formó una identidad juvenil ampliamente compartida que permite hablar en términos más precisos de una generación con real participación en una actividad social común. La reducción de las diferencias sociales con la eliminación de las bases económicas que sustentaban a las clases dominantes, e incluso el éxodo masivo de sus representantes, favorecieron las condiciones para una mayor igualdad entre los jóvenes y para la conformación de una mentalidad generacional, caracterizada por una activa participación en la definición del cambio social, encaminado a la solución de los principales problemas colectivos, y una confianza ilimitada en sus propias fuerzas. Esa identidad quedaba reforzada por la constatación de significativas diferencias con generaciones precedentes.

Estos rasgos de la juventud cubana, aun cuando estaban en esencia condicionados por la transformación revolucionaria al interior de la sociedad, acompañaban las características del contexto internacional en esa época, en la que el auge de los movimientos revolucionarios y de liberación nacional, el predominio de utopías emancipatorias que lograron encarnar en prácticas políticas en diferentes lugares y, luego, la oposición a la Guerra de Viet-Nam, estimulaban el entusiasmo y ocupaban las energías de los jóvenes.

La generación de los 70 se socializó en un contexto con fuertes similitudes con el anterior pero con algunas modificaciones significativas. El fracaso de la estrategia

económica seguida hasta ese momento, que se expresó en la imposibilidad de alcanzar la meta de hacer una zafra de diez millones de toneladas de azúcar en 1970 y en un desequilibrio de la economía interna, condujo a un acercamiento de Cuba a la comunidad socialista europea y a su inserción como miembro del Consejo de Ayuda Mutua Económica (CAME).

Esos vínculos permitieron un crecimiento de la economía y, con ello, de las condiciones de vida de la población, que favorecieron la consolidación de algunos rasgos en la generación joven de los 70 como la fuerte concentración urbana, los altos niveles de escolaridad y calificación, movilidad social ascendente a partir de la combinación – educación superior – empleo urbano calificado – mayor nivel de vida, y elevadas expectativas. Para fines de la década, el promedio de escolaridad de los jóvenes se situaba por encima del noveno grado en contraste con la escolaridad promedio inferior a los tres grados de los años 50.

Pero esas relaciones también provocaron efectos negativos condicionados por el excesivo copismo que llevó a un sistema de planificación y dirección de la economía, modelos de institucionalización del Estado y decisiones concretas en materia de funcionamiento social en áreas como la formación de profesionales, por ejemplo, poco ajustadas a las circunstancias cubanas: escala del país, nivel de desarrollo, tradiciones culturales, etc.

Esos procesos se acompañaron con la disminución de la participación social, pero aun se conservaron áreas de intensa actividad para los jóvenes sobre todo en la esfera educacional en la que dieron respuesta a la demanda de maestros y profesores para enfrentar la amplia incorporación a la educación de los nacidos durante el **boom** demográfico de inicios de los 60. En esa etapa se crearon el Destacamento Pedagógico Manuel Ascunce Domenech, las Brigadas Pedagógicas, el Movimiento de Alumnos Ayudantes y se fortaleció el Movimiento de Monitores. Se iniciaron y sistematizaron las Escuelas al Campo y las Escuelas en el Campo para materializar la combinación de

estudio y trabajo como principio educativo. Puede decirse que fue la última generación socializada masivamente en la actividad social.

La estabilidad que iba alcanzando el funcionamiento de la sociedad condicionó el predominio de los procesos de continuidad generacional después del anterior momento de rupturas y diluyó un tanto la identidad de este grupo. La fortaleza de los sentimientos de igualdad social y la conciencia de que la meta era borrar diferencias y desigualdades debe haber contribuido a que no se desarrollara una mentalidad generacional particular.

Por su parte, la socialización de la generación de los 80 tuvo sus peculiaridades. El incremento de los niveles de consumo de la población, tanto a través de los fondos sociales como en el área del consumo individual, enmascaró el estancamiento económico que se había iniciado y que evidenciaba las limitaciones del modelo de planificación y dirección de la economía adoptado. La imagen que se formó fue la del crecimiento económico a partir del crecimiento del consumo y ello contribuyó a fomentar la elevación de las expectativas de la población y en especial de la juventud, reforzadas por distintas instituciones socializadoras como la familia, la escuela y los medios de difusión.

Sin embargo, esa elevación de las expectativas se daba en un momento en que la estabilidad social lograda y la menor dinámica de crecimiento económico reducía el ritmo de la movilidad social ascendente para esa generación. Si bien contó con altas posibilidades para el acceso a la instrucción y la calificación y se convirtió en el grupo generacional que alcanzó los más altos niveles, se inició una tendencia a la autorreproducción de las clases y capas sociales que redujo los movimientos de ascenso social en relación con las dos generaciones precedentes.

De igual forma, el modelo de institucionalización adoptado, apoyado en el excesivo empleo de la planificación centralizada, tuvo sus efectos sobre la participación con la disminución de la cantidad y tipo de actividades, cambios en su significado social y en

el rol de los individuos, lo que se expresó en cierta formalización de los espacios participativos y de las prácticas concretas. En el caso de los jóvenes, se añadió falta de concreción en las tareas, esquematismos en la movilización y reducción de su participación en las decisiones de áreas socialmente significativas para ellos. No puede obviarse que en esta década se produjo la participación en misiones internacionalistas cuyos principales protagonistas fueron los jóvenes, pero aun con una elevada magnitud no involucró a la generación como un todo.

Se produjo entonces un desbalance entre la socialización y la participación con un sobredimensionamiento de la primera, lo que significó que la segunda funcionara con cierto paternalismo. A partir de ese momento se inició un relativo desfasaje entre las aspiraciones de los jóvenes y las posibilidades sociales de satisfacción para todos, así como entre esas aspiraciones y los esfuerzos individuales desplegados para materializarlas.

Como conjunto, el grupo juvenil desarrolló poco su identidad generacional; la relativa heterogeneidad interna que comenzó a fortalecerse a partir de los procesos de autorreproducción y la reducción de los espacios de participación común para jóvenes procedentes de diversos grupos sociales contribuyó a que así fuera.

No obstante, las circunstancias sociales de fines de esa década crearon condiciones favorables para la incipiente emergencia de una conciencia generacional en algunos sectores, sobre todo de la intelectualidad joven. Entre dichas condiciones es de destacar el "**efecto de tapón**" que comenzaron a ejercer las generaciones anteriores en el área del empleo por una débil recirculación de la fuerza de trabajo que permitiera el acceso real a los puestos de trabajo según la capacidad y preparación y no según el orden de llegada¹³, así como el paternalismo en la socialización y el encartonamiento en la participación.

Aunque las relaciones intergeneracionales se desarrollaron en un clima de baja conflictividad tanto en el marco de la familia como de las instituciones sociales, se

vislumbraban algunos elementos poco favorables. Pudo constatarse cierto predominio de tendencias críticas y subvalorativas entre los adultos en relación con las capacidades e intereses de los jóvenes. Estas daban lugar a posiciones sobreprotectoras que minimizaban las potencialidades del grupo juvenil para asumir determinados roles y veían la socialización como transmisión pasiva, o a actitudes desentendidas respecto de sus responsabilidades en la formación de la nueva generación.

Los jóvenes, a su vez, mostraban insatisfacción con la ayuda que recibían de sus mayores e inconformidad con las posibilidades de participación con que contaban en diferentes esferas de la vida social, en particular en los referidos a la toma de decisiones. Reconocían la necesidad de prepararse mejor y poner más interés en sus actividades, pero insistían en sus demandas de mayor independencia en las tareas, sobre todo en el sector profesional, los que sentían cierto desaprovechamiento de sus potencialidades educativas y laborales y reclamaban el mismo espacio para la **imaginación** juvenil que para la **experiencia** de los adultos¹⁴.

En síntesis, puede decirse que los estudios realizados a finales de los 80 demostraron como, resultante de esas dinámicas, las generaciones en la sociedad cubana eran grupos conformados y bien delimitados objetivamente; con algunos rasgos subjetivos propios; precisos al interior de los componentes socioclasistas, pero menos a nivel de toda la población, lo que evidenciaba una mayor fuerza de su identidad y sentido de pertenencia al grupo clasista (ocupacional, educacional) que al generacional, la que solo se expresaba como elemento subordinado al anterior.

Es decir, no existía una autoconciencia generacional definida, aunque sí un sentido de pertenencia al grupo de los adultos o de los jóvenes, sin una clara percepción de los límites entre unos y otros, más bien situados en dependencia del grupo de referencia de quien realizaba la evaluación.

III. LA GENERACION DE LOS 90.

Las intensas transformaciones económicas y sociales vividas por la sociedad cubana en la última década del siglo, como resultado de los impactos del derrumbe del socialismo eurooriental y el recrudecimiento del bloqueo de Estados Unidos, sobre una sociedad que había iniciado un proceso de rectificación de errores acumulados en su gestión económica por más de una década¹⁵, ha dejado sin duda alguna una huella sobre la joven generación que arriba al escenario social en tales circunstancias.

Aun cuando la crisis económica y el reajuste ha impactado a la sociedad como un todo y a cada uno de los grupos que la componen, estos procesos son vividos por los jóvenes de manera más intensa que el resto de las generaciones, por la etapa de la vida que atraviesan en la que se define no solo su inserción actual sino también su proyección de futuro.

El cuadro de los impactos que produjo la caída económica de inicios de la década y la implementación de una nueva política socioeconómica encaminada a superarla contiene, a la vez, elementos favorecedores y obstáculos para la socialización e integración social de la generación de los 90.

En un plano más general los obstáculos se ubican en la magnitud del descenso económico con la consiguiente afectación de los niveles de vida de la población; en el "desenganche" de la economía cubana dentro de la economía internacional; en el golpe a los referentes políticos y organizativos más cercanos y en la vulnerabilidad ante los efectos del incremento de las agresiones del gobierno estadounidense en medio de condiciones poco favorables¹⁶.

En este mismo plano, entre los principales elementos favorecedores se aprecia el aumento, aunque paulatino y aun discreto, de los niveles de descentralización que propician mayor autonomía a las instituciones, organizaciones y territorios; un uso más racional de los recursos y las potencialidades propias; una mejor comprensión de la relación entre el proceso socialista y la independencia de Cuba como nación; una

conciencia de la necesidad de reformulación de las metas sociales a alcanzar desde estas propias circunstancias; una reanimación del pensamiento social y político que retoma las raíces nacionales y abre nuevas posibilidades al análisis y el debate de ideas, lo cual limita el formalismo y el dogmatismo. Todos estos elementos contribuyen a reforzar la cohesión nacional y son condición básica para una participación más efectiva.

A un nivel más concreto, los principales obstáculos para los jóvenes se han situado en el plano de una reducción de las oportunidades de inserción educativas y ocupacionales para garantizar de forma masiva las altas aspiraciones del grupo en esas esferas y en la débil capacidad de la inserción formal para satisfacer las necesidades de consumo y las expectativas de nivel de vida que portan. Esto está dado por:

- La insuficiente disponibilidad de empleos, sobre todo para los que arriban a la vida laboral sin una calificación superior.
- La estratificación de los espacios laborales, desde los muy atractivos hasta los rechazados masivamente por concentrar condiciones desfavorables, lo que genera competencia por el acceso a unos y desinterés por otros.
- La debilidad de los mecanismos de recirculación de la fuerza de trabajo para abrir espacio a jóvenes más idóneos que otros trabajadores ya ocupados. Esto agudiza el panorama del empleo juvenil.
- La débil correspondencia entre esfuerzo laboral y posibilidades de satisfacción de aspiraciones individuales mediante el salario, lo que propicia la búsqueda de vías alternativas.
- La aun insuficiente capacidad de los mecanismos de control social para actuar sobre la utilización de esas vías alternativas, violatorias de normas morales y jurídicas, muchas veces a partir de los propios recursos del Estado o de los bienes de otros ciudadanos.

- La reducción de opciones de formación profesional de nivel superior para ajustarlas a las posibilidades ocupacionales actuales, que limita el acceso a las universidades¹⁷.

- El incremento de las desigualdades sociales entre grupos de la juventud.

Pero en muchos casos estos procesos contienen, de forma contradictoria, elementos positivos entre los que es posible mencionar:

- Importantes pasos hacia la reducción del igualitarismo social a través de nuevas formas de estimulación, en correspondencia con la cantidad y calidad y el significado social del aporte laboral, en algunos renglones decisivos para la economía del país. Esto estimula la realización de un mayor esfuerzo y favorece la formación de grupos de referencia internos que no son ajenos al modelo social.

- La paulatina recuperación de la moneda nacional que impulsa a los jóvenes a la búsqueda de empleos que garanticen un ingreso estable.

- La diversificación de los espacios de inserción laboral a partir de la ampliación de las formas de propiedad¹⁸.

Tanto los obstáculos como los elementos favorecedores se conjugan con las características propias de esta generación, cuyas principales fortalezas son sus elevados niveles educativos y sus altas expectativas que pueden actuar como factores dinamizadores hacia un mayor esfuerzo. De igual forma, sus principales debilidades son cierta concentración de dichas expectativas hacia el área del consumo material, así como una relativa pasividad.

En términos generales, la generación de los 90 se caracteriza por una mayor heterogeneidad estructural, a partir de una incipiente recomposición de la estructura socioclasista de la sociedad y del fortalecimiento de algunas diferencias territoriales asociadas al ritmo de recuperación económica y la presencia del sector emergente.

De ello también se deriva el crecimiento de la heterogeneidad en el área subjetiva, en particular en cuanto a expectativas, valores y cultura política, lo que se expresa en un

amplio abanico de intereses y en una diversidad de posiciones ante la participación política, que van desde el compromiso activo hasta el desentendimiento social, pasando por la incorporación pasiva.

No es posible tampoco desconocer las influencias más universales de una época, signada por el escepticismo juvenil, la distancia hacia las instituciones y el predominio de la pasividad y la apatía política, en un contexto de creciente interacción tecnológica y directamente humana. Aun cuando en Cuba estas expresiones se dan en baja escala en comparación con el entorno incluso cercano, por la naturaleza de las relaciones sociales que condiciona el sistema, siempre marcan de alguna manera la fisonomía de la actual generación joven con rasgos comunes más allá de fronteras nacionales.

Estos procesos provocan efectos contrapuestos pues tienden, simultáneamente, a acentuar la fragmentación y a potenciar la integración, lo que a su vez tiene impactos interesantes en la dinámica generacional.

Los rasgos comunes que han adquirido durante su socialización en el contexto social que le ha tocado vivir en la etapa clave de su conformación como generación, así como los impactos aproximadamente similares que se han producido sobre ella, imponen su sello y marcan diferencias en relación con las precedentes. Esto favorece la aparición de una identidad juvenil fuertemente integrada y claramente diferenciada de las generaciones anteriores, la cual se expresa con mayor fuerza que en las últimas décadas.

Sin embargo, los efectos polarizadores de algunas de las medidas del reordenamiento económico, el incremento de la heterogeneidad de experiencias vitales acumuladas y la concentración de un segmento en la búsqueda de salidas individuales que los aleja de la participación en soluciones colectivas, crean distancias al interior del grupo juvenil que limitan la conformación de una identidad generacional ampliamente compartida.

Estos procesos contradictorios se expresan, por ejemplo, en el contexto de la familia. De una parte, existe como tendencia una mayor diferencia de puntos de vista entre

padres e hijos y un mayor debate de ideas sobre un conjunto de temas de naturaleza filosófica, política, económica, social y de perspectivas de futuro; en muchos casos los hijos admiran a sus padres pero no reproducirían exactamente sus experiencias, por considerar que los nuevos momentos exigen nuevas respuestas. Sin embargo, se ha fortalecido la cohesión familiar y la solidaridad entre sus miembros para enfrentar los múltiples problemas que la cotidianidad pone por delante, lo que ha fortalecido los lazos intergeneracionales.

En sentido general, es evidente el surgimiento de una nueva generación: la generación de los 90, protagonista de ciertas rupturas en relación con sus mayores, de alguna manera comparables con las que se produjeron a raíz del triunfo revolucionario en el sentido de búsqueda de referentes más ajustados a los momentos concretos que les tocan vivir y con un mayor espacio para autodefiniciones por parte de los propios jóvenes, que no significa renuncia a las metas de sus antecesores, sino redefiniciones que las atemperen a las nuevas condiciones nacionales e internacionales en que habrán de materializarlas.

En esa dirección, en la actual generación joven emerge la preocupación de cuáles son las metas posibles – individuales y sociales – a las que pueden aspirar con posibilidades reales de satisfacerlas y que permitan un ajuste entre sus expectativas de realización personal y las necesidades sociales, lo que a su vez pasa por una mayor clarificación de las vías para lograrlo.

El rasgo más significativo de este segmento juvenil es la búsqueda y adaptación a un escenario distinto, aun no completamente delineado y precisado, portador de tendencias contradictorias, para el cual las instituciones socializadoras tampoco tienen todas las respuestas. Esto probablemente lo convierta en un grupo generacional de transición, tal y como en otro sentido lo fue la generación que se socializó a inicios de los 60.

IV. NUEVOS RETOS PARA LA SOCIEDAD.

Cada nueva generación aspira a vivir en condiciones superiores a las generaciones que le precedieron y, en términos generales, la sucesión generacional a lo largo de la historia así se ha comportado. Pero aquellas a las que les toca vivir en épocas de crisis, protagonizan procesos de ruptura mayores.

A la actual generación joven cubana le ha tocado ingresar a la vida social en un momento difícil, en el que se ha alterado el ritmo más o menos estable con que se movía la sociedad por casi tres décadas y en el que se han recortado posibilidades al alcance de las anteriores, como un lugar asegurado en una estructura socioclasista con alto grado de homogeneidad y un nivel de bienestar garantizado mediante esa inserción. Posibilidades que no solo se refieren a la situación actual sino a sus posiciones futuras.

Tales condiciones imponen a la sociedad un conjunto de retos para ampliar las opciones de inserción social a la juventud y propiciar una socialización que favorezca la consecución de las metas colectivas del proyecto social de la Revolución en estrecha correspondencia con la satisfacción de las expectativas individuales. Por tanto, esos retos recorren dos direcciones principales:

La primera se da en el marco del reordenamiento de las relaciones económicas y se refiere a la necesidad de abrir espacios con un contenido real a los nuevos arribantes al mercado de trabajo; garantizar la calificación y preparación profesional que permita a esta generación perspectivas ocupacionales futuras – aun cuando no puedan ser satisfechas inmediatamente – y conserve una de las actuales fortalezas con que cuenta el país como es la calificación de su fuerza de trabajo; y lograr el ajuste entre el aporte laboral y los resultados que de ello se derivan en términos de satisfacción de aspiraciones individuales, especialmente, de mejoramiento de condiciones de vida.

Ello implica también la creación de grupos de referencia internos, con modelos de bienestar propios, atractivos, pero ajustados a las condiciones del país y basados en el

trabajo y el esfuerzo personal y colectivo. Para eso se necesitan transformaciones en los mecanismos de distribución social, lo que a su vez requiere continuar fortaleciendo dos procesos: los de control, tanto de la cantidad y calidad del trabajo y la disciplina laboral, como de la disciplina social, con un fuerte peso del control popular; y los de evaluación, a partir de los verdaderos resultados de la actividad de los individuos.

Una aplicación consecuente de estos mecanismos en el marco del actual proceso de redimensionamiento empresarial que se desarrolla y de significativa presencia del trabajo por cuenta propia, debe generar una recirculación laboral en la que se potencien las capacidades y actitudes positivas ante el trabajo y se abran mayores espacios a la juventud.

La segunda dirección es el reforzamiento a determinadas aristas del proceso socializador, en particular en el área de la formación de valores, para lo cual se hace necesario elevar los niveles de información y dinamizar los mecanismos de participación.

Para lograr estos objetivos se requiere continuar trabajando en varias direcciones, entre ellas:

Incrementar la articulación entre instituciones socializadoras de manera que se apoyen y se complementen recíprocamente, con el fin de contribuir al reforzamiento de solidaridades y de una identidad juvenil en torno a valores esenciales sin que ello signifique una alternativa de oposición al mundo adulto, más bien, por el contrario, genere unas relaciones intergeneracionales con un fuerte sentido de cooperación y no de subordinación o de competencia, que permita aprovechar todas sus potencialidades. Aplicar enfoques socializadores diferenciados que tomen en cuenta la heterogeneidad interna del grupo juvenil y las peculiaridades de cada uno de los segmentos que la componen. Y, sobre todo, concebir la socialización como el proceso mediante el cual se prepara a la nueva generación para intervenir en el cambio social, para participar

desde las más tempranas etapas en la reformulación de las circunstancias sociales en las que desarrollará su vida.

Las generaciones mayores deben ser conscientes de que cada nueva época produce su propia generación y que cada nueva generación para enfrentar las nuevas situaciones que le plantea su época; tiene que crear nuevas soluciones aun cuando, por supuesto, tome en cuenta la experiencia de sus mayores. De ahí que deben favorecer un clima de abierta participación y comprensión sin barreras defensivas y también sin sobreprotección y paternalismos.

Cada generación debe intervenir en la conformación de una agenda generacional propia que defina qué puede y quiere aportar al proyecto colectivo y cómo ve su continuidad, para alcanzar un adecuado balance entre lo que aporta y lo que recibe. Es la garantía para lograr un proceso de sucesión-coexistencia, que imbrique las necesarias rupturas que implica el surgimiento de una nueva generación y garantice la continuidad de los valores básicos que rigen el proyecto social.

CITAS Y NOTAS

1. Aunque se conocen referencias al concepto de generaciones desde la Antigüedad, su análisis se inició con la Ilustración, y no es visto de forma sistemática y con una perspectiva integral hasta la segunda mitad del siglo XIX e inicios del XX.

Domínguez, María Isabel. 1994. "Un recorrido histórico por las categorías generacionales, juventud y socialización". En: Las Generaciones y la Juventud: Un Reflexión sobre la Sociedad Cubana Actual. Tesis Doctoral (Inédita). Fondos del Centro de Investigaciones Psicológicas y Sociológicas (CIPS). La Habana.

2. Esta concepción tuvo su punto de partida en las concepciones de Augusto Comte que concibió la sucesión generacional como el mecanismo que sostenía el equilibrio social. A partir de sus criterios, otros autores desarrollaron concepciones positivistas sobre las generaciones con carácter más concreto como fueron los casos de Justin Drommel (1862), Giuseppe Ferrari (1874) y François Mentré (1920) entre los más significativos.

Cfr. Domínguez, M.I. "Un recorrido histórico..." op.cit.

3. Esta concepción fue desarrollada por Wilhelm Dilthey entre 1860 y 1874 en que completó y procesó la definición del concepto. Posteriormente otros autores, como Wilhelm Pinder, ampliaron y aplicaron la definición de Dilthey al análisis concreto de la historia. A partir de estos antecedentes, se desarrollaron las teorías específicamente generacionales más elaboradas, como fueron las de Karl Mannheim y José Ortega y Gasset, publicadas fundamentalmente en las décadas de los años 20 y 30 de este siglo.

Cfr. Domínguez, M.I. "Un recorrido histórico..." op.cit.

4. Esta visión tiene sus fundamentos en las reflexiones de Karl Marx en "La Ideología Alemana".

5. A finales de los años 40 y durante la década del 50 se produjo un auge en los análisis generacionales como resultado de los impactos que la Segunda Guerra Mundial y los

cambios de postguerra, habían tenido para los jóvenes. Luego decayeron para alcanzar un punto máximo a finales de los años 60 al tratar de interpretar las revueltas estudiantiles del 68 en Europa y Estados Unidos. En menor proporción a finales de los 80 e inicios de los 90 se retomó el asunto como resultado de los fuertes impactos para los jóvenes de procesos tales como la globalización de la economía y de la información y el derrumbe del socialismo en Europa Oriental, que se han expresado en crecimiento de la exclusión y la marginación de la juventud, desempleo, migraciones, violencia, prostitución y drogadicción, entre otros.

Cfr. Domínguez, M.I. op.cit.

6. Cfr. Portuondo, José A. 1958. "La Historia y las Generaciones". Edit. Manigua. Santiago de Cuba.

7. Discurso de ingreso en la Academia Nacional de Artes y Letras de Cuba, publicado en Separata de la Revista Universidad de la Habana, Año XIX, No.112-114, enero-junio 1954.

Cfr. Portuondo, José A. "Esquema de las generaciones literarias cubanas". En: "La Historia y las Generaciones", op.cit. p.106.

8. Cfr. Machado, Ricardo J. 1966. "Generaciones y Revolución". El Caimán Barbudo, La Habana.

9. A partir de ese momento se inició un proyecto de investigación sobre las generaciones que dió lugar a un conjunto de informes entre los que se destacan:

Domínguez, María Isabel. 1989. "Estructura Generacional de la Población Cubana Actual".(Informe de Investigación). Fondos del CIPS. La Habana.

Domínguez, María Isabel, Ferrer, María Elena y Valdés, María Victoria.

1989. "Diferencias y Relaciones Generacionales en la Clase Obrera y la Intelectualidad". (Informe de Investigación). Fondos del CIPS. La Habana.

1990. "Diferencias y Relaciones Generacionales en el Campesinado". (Informe de Investigación). Fondos del CIPS. La Habana.

1990. "Características y Relaciones Generacionales en los Estudiantes y los Desvinculados del Estudio y el Trabajo". (Informe de Investigación). Fondos CIPS. La Habana.

1990. "Interrelaciones Clasistas y Generacionales en la Sociedad Cubana de Hoy". (Informe de investigación). Fondos CIPS. La Habana.

Domínguez, M.I. 1994. "Las Generaciones y la Juventud: Una Reflexión sobre la Sociedad Cubana Actual". (Tesis Doctoral). Fondos del CIPS. La Habana.

Fuera de ese proyecto se produjo también el trabajo:

Limia, Miguel. 1990. Valoración del Estado Actual de las Relaciones Generacionales en Cuba". (Informe de Investigación). Instituto de Filosofía. La Habana.

10. Múltiples trabajos aparecidos en La Gaceta de Cuba en los primeros años de la década del 90, toman en cuenta el criterio generacional al analizar la producción cultural de la anterior década. Por ejemplo:

Herrera Ysla, Nelson. 1992. "El ajíaco cubano de los 80". Plástica cubana de los 80: ¿paisaje después de la batalla?. Marzo-Abril.

Martínez Tabares, Vivian. 1992. "¿Hacia dónde vamos?". Memorias para una valoración de la escena cubana de los 80. Julio-Agosto.

Resik, Magda. 1992. "Escribir es una suerte de naufragio. Habla Senel Paz del cine, de la crítica y de la literatura". Septiembre-October.

Boudet, Rosa Ileana. 1992. "Apuntes para una relectura crítica de los 80". Noviembre-Diciembre.

Rodríguez Núñez, Víctor. 1993. "La poesía es un reino autónomo". Entrevista con Roberto Fernández Retamar. Marzo-Abril.

Redonet, Salvador. 1993. "Mi cuento por una pregunta. Trazos para una poética de la

más reciente promoción de jóvenes cuentistas cubanos”. Julio-Agosto.

Vizcaíno Serrat, Mario. 1994. "Carlos Varela: el gnomo y el guerrero". No. 1.

11. Para nuestro enfoque de las generaciones en la sociedad cubana contemporánea nos hemos adscripto a la tercera visión apuntada sobre su definición y el carácter de la sucesión.

A partir de un conjunto de presupuestos conceptuales y del análisis de la evolución histórica del país desde la segunda década del siglo en adelante, marco temporal de existencia de las personas que aun constituían la mayor parte de la población, se evaluó el proceso de conformación de generaciones, el cual fue sometido luego a comprobación empírica con una muestra representativa de la población a nivel nacional.

Los resultados obtenidos, una vez ajustados con la indagación empírica, permitieron identificar la estructura generacional de la población cubana, conformada por seis grupos claramente delineados:

1. Los nacidos entre 1922 y 1934
2. Los nacidos entre 1935 y 1943
3. Los nacidos entre 1944 y 1949
4. Los nacidos entre 1950 y 1961
5. Los nacidos entre 1962 y 1970
6. Los nacidos entre 1970 .

En el ensayo que a continuación se presenta obviaremos las precisiones de cada uno de los grupos y nos referiremos a las generaciones según la década en que atravesaron su etapa juvenil. En ese caso, cuando caracterizamos a las generaciones del 50, 60, 70, 80 y 90, nos referimos a los grupos 2, 3, 4, 5 y 6, aproximadamente.

Cfr. Domínguez, M.I. "Estructura generacional de la población cubana actual" Inf.cit.

12. Según las investigaciones antes citadas, el 22% de los obreros de esa generación eran hijos de campesinos y el 59% de los jóvenes que se formaron como profesionales eran hijos de obreros y campesinos. A su vez, el 34% tuvo una participación social elevada en las distintas esferas y otro segmento del grupo que representa casi la mitad del total alcanzó un nivel de participación calificado como medio.

Cfr. Domínguez, M.I. et.al. Informes citados. 1989,1990.

13. Cfr. Martín, Juan Luis. 1990. "La juventud en la Revolución. Notas sobre el camino recorrido y sus perspectivas". En: Revista Cuadernos de Nuestra América, No. 15. La Habana.

14. Cfr. Domínguez, M.I. et.al. "Diferencias y relaciones generacionales en la clase obrera y la intelectualidad". Inf.cit.

15. Se refiere al denominado Proceso de Rectificación de Errores iniciados a partir del III Congreso del Partido Comunista de Cuba en la segunda mitad de los 80 que inició la revisión de los métodos de gestión y planificación económicas empleados en los diez años anteriores así como algunos de sus efectos para los servicios sociales y la participación.

16. La intensificación del bloqueo de Estados Unidos limita las oportunidades del país no solo para negociar directamente con esa nación sino para obtener inversiones de otros capitales, vender y comprar en diferentes mercados, obtener créditos financieros, eleva las tasas de interés, los costos de transportación y un sinnúmero de otros efectos económicos negativos.

17. En la Política Social cubana funciona el principio de garantizar un empleo a cada egresado de la educación superior, a la cual se accede por el mérito académico, lo que constituye una importante garantía para el individuo y busca eficiencia económica en la

formación y aprovechamiento de los egresados universitarios. Pero ello reduce las posibilidades de matrícula y deja insatisfechas las aspiraciones de acceder a las universidades en un grupo significativo de jóvenes.

18. La apertura al capital extranjero, la creación de las Unidades Básicas de Producción Cooperativa (UBPC) y de otras formas de trabajo cooperativo y el crecimiento del cuentapropismo, han diversificado considerablemente la estructura del empleo según formas de propiedad en comparación con las décadas anteriores.